

TRABAJAR CON CARIÑO

A MIS CHIQUILLAS

CÓMO he pensado en mis chiquillas queridas desde que no las veo! Sin embargo, frecuentemente me parece estar en la clase rodeada de todas. Ya listas, empiezan a trabajar. Dentro del grupo unas hay que con sus caritas sonrientes y sus ojillos llenos de luz, me dicen que van bien; otras, reposadas, graves y ceñudas, también trabajan. Estas y aquéllas ponen su alma ahí, en un pedazo de papel. Es entonces cuando experimento la más viva alegría. ¿Cómo no sentirla así, al ver que todas contribuyen con un poquito de cariño a la obra emprendida?

Sí, chiquillas mías: el verdadero

triunfo en la vida está en el amor que pongamos a la faena que se nos ha encomendado.

Desde el humilde jardinero que deja parte de su alma en cada rosal que cultiva, hasta el gran hacendado, sienten de un modo intenso la influencia bienhechora del trabajo hecho al calor de un entusiasmo generoso.

Así yo quiero cultivar y cuidar mi jardín infantil. Dedicar a los pequeños rosales todo mi amor y mis desvelos. Esa es la ilusión de mi vida. Luego, al fin de ella, tener la suprema dicha de contemplar una rica florecencia de rosas, que tienen el encanto y la hermosura de las almas de los niños.

MATILDE CARRANZA

Cartago, 20 de marzo de 1920.

Dos mujeres que triunfan de la brutal pasión de los celos

El célebre triángulo de Maeterlinck

MAURICIO Maeterlinck, el distinguido poeta belga, novelista, dramata y filósofo, está a punto de llegar a América⁽¹⁾ para una excursión de conferencias. Pero ¿nos dará este ilustre intérprete de la vida, del amor y de las emociones humanas, una conferencia acerca de su propia vida, de su propio amor y de sus últimas emociones?

El eterno triángulo ha sido tema inagotable de los novelistas y dramaturgos desde los más remotos tiempos: un hombre y dos mujeres, o una mujer y dos hombres. Pero en este juego amoroso de tres puntas siempre ha resultado que uno de los tres corazones se ha roto. La felicidad ha sido para dos de los tres, en tanto que el tercer miembro del triángulo ha caído en la desesperación, en el suicidio, y a veces en el asesinato.

Pero Maeterlinck ha realizado un milagro moderno; ha realizado lo imposible, ha construido para sí mismo un triángulo feliz: de un lado, su feliz esposa anterior, hoy divorciada, Georgette Leblanc; de otro, su feliz esposa actual, la jovencita Renee Maeterlinck, y de otro, Maeterlinck mismo, venturoso en el ambiente de amor que ambas mujeres le forman.

Es una situación extraordinaria. Dedicará el filósofo belga una, por lo menos, de sus conferencias en América a contarnos cómo ha logrado él en la vida real la feliz solución del supuesto imposible problema del «eterno triángulo».

No hace un año todavía que la espo-

sa de Maeterlinck, la conocida actriz y autora Georgette Leblanc, le dijo: «Tu amas a la pequeña Renee... ¡Será tuya!»

Georgette hizo las gestiones del caso para su divorcio y muy poco tiempo después Maeterlinck se casaba con la pequeña Renee Dabon, de diez y nueve años de edad! No hubo en todo ello ningún disgusto, ni sombra de celos, y ahora están todos completamente satisfechos y contentos. El éxito de este feliz triángulo se debe principalmente a la amplia filosofía de Georgette, la esposa divorciada, que es una mujer de extraordinario talento.

«Ninguna persona —dice ella— dotada de inteligencia, se rebela contra la muerte, se desespera por lo que es inevitable. Nadie que tenga una mente filosófica lucha contra la proximidad de la vejez. Y ninguna mujer de cerebro deja de advertir que sus encantos físicos se desvanecen con la fuga de los años y que ella no debe tratar de competir con la frescura de la juventud».

Georgette Leblanc había impresionado a Maeterlinck tanto por el lado sensual como por el lado intelectual. Su vida marital había sido y era todavía muy feliz. Pero la frescura primaveral se había disipado en las mejillas de Georgette y su figura había adquirido contornos de matrona. En este tiempo se dió cuenta del apasionado interés que su marido estaba tomando en la niña Renee.

Muy bien. Maeterlinck tendrá a Renee. Pero el hechizo físico de la niña sólo satisfará un lado de Maeterlinck, el lado sensual. Quedará todavía libre el lado intelectual del dramatur-

go y éste debe también ser satisfecho. Maeterlinck debe tener quien le preste compañía intelectual e inspiración... y Georgette Leblanc sigue, por consiguiente, siendo su compañera intelectual y su inspiradora.

Así fué como se hizo posible el «triángulo feliz». Desde luego que era necesario un divorcio, y que para el ingreso de la joven Renee en el venturoso círculo no se podía prescindir de la fórmula social del matrimonio, Georgette arregló por sí misma el divorcio y lo preparó todo para la instalación de la niña Renee en el hogar del poeta. Pero Georgette quedaría siendo la amiga, la compañera, la inspiración de su genio, la novia de su intelecto.

Y el triángulo ha triunfado en la práctica. El matrimonio del dramaturgo y de la niña se llevó a cabo en la primavera del año 1919. Pasada la luna de miel, la misma Renee invitó a Georgette al hogar de Maeterlinck.

Georgette y Renee se entendieron perfectamente; todo pasó suavemente, dulcemente, felizmente; sin celos, sin dudas, sin traiciones, sin deslealtades. Renee era la esposa; eso quedaba establecido, entendido, sellado. Georgette no invadiría los derechos de la nueva esposa... y la nueva esposa no ignoraba, por su parte, que Georgette suplía la camaradería intelectual que la niña novia no podía ofrecer.

Georgette continúa colaborando en los dramas cuyo éxito comercial fué ella la primera en conseguir poniendo en juego su talento práctico. Cuando un nuevo drama requiera la aportación de su personalidad de actriz, ella desempeñará su papel de siempre, o ejercerá a la esposa niña para el papel principal cuando pueda ella desempeñarlo.

Georgette será de una ayuda muy valiosa en la administración de la antigua Abadía de St. Wandrille, que es la residencia favorita de Maeterlinck. El invirtió una gran parte de su fortuna en reconstruir las ruinas del palacio hasta convertirlas en una residencia lujosa sin destruir su exquisita poesía de mansión centenaria. Aunque Georgette tiene su casa propia en París, no puede dejar de atender esta propiedad de Maeterlinck, ya que es ella la única persona que comprende el cuidado que requiere este lugar maravilloso, el gusto que demanda la atención de su mueblaje y decorado.

Al formar parte de este raro pero dichoso triángulo, Madame Georgette Maeterlinck ha sido fiel a la filosofía que puso en práctica durante toda su vida marital.

Ella le ha explicado su filosofía a un amigo. «Se casó con Maeterlinck porque consideró que él era el hombre único para ella, el genio más grande del mundo. Su única ambición en la

(1) Llegó a fines de Diciembre y se le han tributado honores extraordinarios.